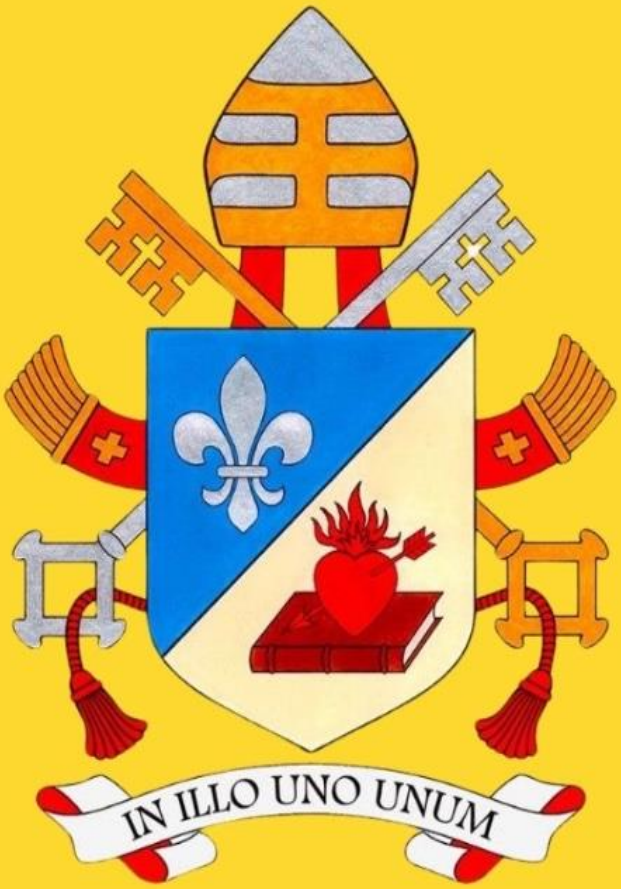


León XIV en Uruguay

TODOS LOS DISCURSOS Y HOMILÍAS QUE PRONUNCIÓ S.S. LEÓN XIV EN SU VIAJE APOSTÓLICO A URUGUAY - NOVIEMBRE 2026

ÍNDICE

Viernes 6 de noviembre de 2026

- Encuentro con las Autoridades, la Sociedad Civil y el Cuerpo Diplomático
- Celebración de las Vísperas con los Obispos, los Sacerdotes, los Diáconos, los Religiosos, las Religiosas y los Seminaristas

Sábado 7 de noviembre de 2026

- Santa Misa en Paysandú
- Encuentro con la Realidad Social
- Encuentro con el Mundo de la Educación
- Vigilia de Oración

Domingo 8 de noviembre de 2026

- Santa Misa en el Santuario Nacional de la Virgen de los Treinta y Tres

Encuentro con las Autoridades, la Sociedad Civil y el Cuerpo Diplomático

Plaza Independencia en Montevideo

Viernes 6 de noviembre de 2026

Video

Señor presidente de la República, distinguidas autoridades y miembros del cuerpo diplomático, señoras y señores:

He aceptado con mucha alegría la amable invitación que se me ha dirigido para visitar esta tierra uruguaya. Agradezco, señor presidente, las palabras que acaba de pronunciar y las atenciones con que han querido recibirme. Mi saludo se extiende igualmente a quienes representan aquí a las instituciones de la República y a las naciones acreditadas ante el país.

Desde este primer encuentro deseo hacer llegar mi saludo a todos los uruguayos, dondequiera que se encuentren. Durante estos días tendré la alegría de recorrer algunos lugares de esta tierra, acercarme a su historia y encontrarme con hombres y mujeres que, en realidades muy diversas, forman parte de la vida del país. Entre esos lugares, Florida ocupa un sitio particular, donde se venera a Nuestra Señora de los Treinta y Tres, Patrona del Uruguay. Al comenzar mi visita deseo poner bajo su protección a quienes encontraré en mi camino. Su presencia acompaña una página decisiva de la historia nacional y continúa reuniendo hoy a generaciones muy distintas de uruguayos.

Esa misma historia conserva otro episodio que quisiera traer aquí a la memoria. Pienso en el *Éxodo del Pueblo Oriental* de 1811, conocido también como *la Redota*. No necesitamos alejarnos de este lugar para evocarlo, puesto que el

monumento a Artigas, situado en el centro de esta plaza, lleva en su pedestal un friso de bronce en el que Angelo Zanelli representó escenas de aquella marcha. Quisiera detenerme en algunos detalles de esas figuras, pues ofrecen un punto de partida concreto para mirar también al Uruguay de hoy.

En lo alto del monumento, Artigas aparece solo, a caballo. Más abajo, en el relieve frontal, vuelve a aparecer entre sus hombres, formando parte de aquella multitud. Este detalle trae a la memoria unas palabras que pronunció poco después ante los representantes orientales reunidos en el *Congreso de abril* de 1813: «Mi autoridad —dijo— emana de vosotros y ella cesa por vuestra presencia soberana» (*Oración inaugural*: *Archivo Artigas*, t. XI, doc. 82). En una frase unía el origen de la autoridad y la responsabilidad de quien la ejerce: recibirla de una comunidad concreta y responder ante ella.

En 2025 se cumplieron cuarenta años de democracia ininterrumpida en Uruguay, durante los cuales se sucedieron distintos gobiernos por decisión de los ciudadanos. La autoridad pública encuentra su razón de ser en el servicio al bien común y está llamada a ejercerse dentro del orden jurídico, respetando la libertad y la responsabilidad de los ciudadanos (cf. CONC. ECUM. VAT. II, Const. past. *Gaudium et spes*, 74). De ahí el valor de los cauces que permiten participar en la vida pública, delimitar con claridad las competencias de las instituciones y elegir a quienes asumen el encargo de gobernar (cf. *ibíd.*, 75).

El bien común comprende también la responsabilidad de transmitir a quienes vendrán después los bienes que hoy hemos recibido. Como recordó mi Predecesor, el Papa Francisco, «la noción de bien común incorpora también a las generaciones futuras» (Carta enc. *Laudato si'*, 159). Esta responsabilidad se traduce en las

decisiones que afectan al uso de los recursos naturales y a las fuentes de energía. En las últimas décadas Uruguay ha transformado profundamente su matriz de generación eléctrica, que hoy se apoya casi enteramente en fuentes renovables. Es un resultado notable que ha requerido decisiones sostenidas durante años y la participación de diversos sectores del país. El paso dado plantea ahora nuevos desafíos en el transporte, la producción y el uso responsable de la tierra, el agua y la energía. Pensar a largo plazo significa precisamente administrar estos bienes sin comprometer las posibilidades futuras.

La mirada hacia el futuro alcanza también a quienes habrán de habitar esta tierra: a las condiciones en que podrán nacer y crecer, y a las oportunidades que encontrarán a lo largo de su vida. La evolución demográfica del Uruguay hace especialmente concreta esa preocupación. En uno de los frisos que se encuentran en el monumento, se representa a una mujer que lleva en brazos a un bebé. Lo sostiene estrechamente mientras a su alrededor continúa la marcha.

Ese gesto de protección nos lleva a pensar en la vida que comienza, también en aquella que todavía crece en el seno materno. Quien todavía no ha nacido pertenece ya a la familia humana y al futuro de su pueblo. Su dependencia absoluta de la madre no disminuye la dignidad que le corresponde ni la protección que merece. Jesús mismo quiso asumir esta condición al encarnarse. Acoger una nueva vida requiere que el padre se comprometa junto a la madre, que la familia preste su apoyo y que existan unas condiciones sociales que permitan a ambos criar y cuidar a sus hijos. La protección de quien va a nacer y el apoyo de quienes lo acogen son inseparables. La familia sigue siendo el primer ámbito en el que cada persona es acogida y aprende a vivir con los demás. San Juan Pablo II, que también tuvo la alegría de visitar esta tierra, lo expresó con una frase que conserva toda su fuerza:

«el futuro de la humanidad se fragua en la familia» (Exhort. ap. *Familiaris consortio*, 86).

En otra parte del friso, vemos a varios niños que caminan junto a los adultos. Ellos forman parte del pueblo incluso antes de poder participar en sus decisiones o contribuir con su trabajo. Quienes entonces avanzaban junto a los adultos acabarían recibiendo, a su vez, la responsabilidad de continuar la vida común. Por eso, cuidar a los más pequeños incluye necesariamente asegurarles una educación adecuada. El hogar en el que un niño crece, la alimentación que recibe y la presencia de adultos que lo acompañan sostienen sus primeros años; la educación prolonga esa tarea, desarrolla sus capacidades, forma su juicio y lo prepara para participar con libertad y responsabilidad en la vida de la sociedad (cf. CONC. ECUM. VAT. II, Decl. *Gravissimum educationis*, 1).

La formación recibida ha de abrir también oportunidades concretas para incorporarse a la vida laboral, poner en práctica lo aprendido y adquirir autonomía mediante el propio esfuerzo. El trabajo se convierte así en uno de los cauces que permiten a cada persona desarrollar sus capacidades y contribuir al bien de los demás. Conviene recordar que «el trabajo está "en función del hombre" y no el hombre "en función del trabajo"» (S. JUAN PABLO II, Carta enc. *Laborem exercens*, 6). Este criterio conserva toda su actualidad ante los rápidos cambios de la tecnología y de la inteligencia artificial. El desarrollo de estas tecnologías debe ampliar las capacidades humanas, facilitar tareas y crear nuevas posibilidades, procurando que la persona que trabaja no quede reducida a una simple pieza prescindible dentro del proceso productivo.

Entre las figuras del monumento encontramos también a una anciana encorvada, que avanza con dificultad apoyándose en un bastón. En torno a una de las carretas, varias personas se acercan unas a otras y extienden los brazos; algunas parecen más pendientes de ayudarse entre sí que de apresurar el paso. También quienes necesitaban apoyo para continuar formaban parte de aquel pueblo. Su pertenencia no dependía de la fuerza, la autonomía o la capacidad de aportar. Tampoco hoy puede medirse el valor de una persona por lo que produce, por su trabajo o por su capacidad de valerse por sí misma. «La dignidad fundamental de cada persona no se adquiere, no debe ganarse ni necesita ser demostrada» (Carta enc. *Magnifica humanitas*, 53).

El bronce conserva sus rostros y sus gestos, pero nada nos dice de lo que cada uno llevaba dentro mientras avanzaba entre los demás. También hoy podemos vivir rodeados de personas, compartir con ellas el trabajo, la calle o incluso el propio hogar, y desconocer el peso que llevan consigo. La soledad, la angustia y la pérdida de esperanza pueden llegar a ser tan profundas que una persona deje de encontrar razones para continuar viviendo. Ante la dolorosa realidad del suicidio, la atención sanitaria, los vínculos familiares y la cercanía de la comunidad resultan inseparables. Nadie debería llegar a sentirse extraño entre los suyos ni pensar que su ausencia importa menos que su presencia.

Otras formas de sufrimiento se manifiestan en el cuerpo o en las condiciones de vida. La enfermedad, la discapacidad, el dolor físico, la pérdida de autonomía, la pobreza, la falta de trabajo o la exclusión pueden hacer especialmente necesaria la ayuda de los demás. Recientemente he experimentado en primera persona las limitaciones que impone la enfermedad y he recibido cuidados por los que estoy profundamente agradecido. Esta experiencia me lleva a pensar en tantos hombres

y mujeres que carecen de medios para obtener un diagnóstico oportuno o recibir los tratamientos que necesitan. Procurar que la atención sanitaria esté al alcance de cada persona, independientemente de sus recursos, es una responsabilidad que interpela a toda sociedad. Quien atraviesa cualquiera de estas situaciones no deja por ello de ser miembro pleno de la sociedad ni pierde nada del valor de su vida. En esas circunstancias, su fragilidad hace más urgente que reciba la asistencia, los recursos y el acompañamiento que necesita.

La atención debida a quienes sufren compromete a toda la familia humana. Para la Iglesia, este deber encuentra una razón particular en el mandato de Jesucristo de reconocerlo y servirlo en los más necesitados (cf. *Mt* 25,40). Como recordó Benedicto XVI, «la grandeza de la humanidad está determinada esencialmente por su relación con el sufrimiento y con el que sufre» (BENEDICTO XVI, Carta enc. *Spe salvi*, 38). De ahí que a todos corresponda procurar que cada persona pueda vivir con dignidad, recibir los cuidados que necesita y ser acompañada hasta el término natural de su vida.

Por medio de sus diócesis y comunidades y de tantas personas dedicadas al servicio de los demás, la Iglesia desea colaborar con cuantos trabajan por aliviar el dolor cuando es posible y por sostener a la persona cuando este no puede ser eliminado. A esta tarea común aporta lo que le es propio: una esperanza que no se extingue cuando los recursos humanos encuentran su límite y que recuerda a quien atraviesa la prueba que su vida conserva siempre un sentido y un valor, que no está solo y que tampoco en la oscuridad ha dejado de ser amado por Dios.

Aquella multitud que avanzaba junto a Artigas reunía también a personas de muy diversa condición. En el relieve, una mujer de atuendo distinguido sigue a pie una

carreta, mientras otros conducen los animales o transportan sus pertenencias. Aquellas diferencias también forman parte de la historia del Uruguay, donde generaciones de hombres y mujeres de distintas procedencias y condiciones sociales hicieron de esta tierra una patria común.

Quienes forman parte de un mismo pueblo pueden partir de situaciones muy diferentes y disponer de recursos desiguales. Por ello, la manera en que se organiza y orienta la economía termina repercutiendo directamente en las condiciones de vida de las personas y en sus posibilidades de construir su propio futuro. La creación de riqueza, la inversión y la iniciativa económica —tanto pública como privada— son necesarias para el desarrollo de un país, pero sus frutos han de traducirse también en bienes y oportunidades que alcancen efectivamente a todos, pues «son las personas concretas las que cuentan, cada una de ellas y sus familias» (Carta enc. *Magnifica humanitas*, 58).

La convivencia entre personas de distintas procedencias y tradiciones forma parte también de la historia del Uruguay. Esa pluralidad se expresa hoy en las creencias y convicciones de sus ciudadanos. El carácter laico del Estado está llamado a garantizar un espacio en el que creyentes y no creyentes puedan convivir con libertad y respeto, porque hay valores que son universales. Esta neutralidad no exige que la dimensión religiosa quede confinada al ámbito privado. Como enseña el Concilio Vaticano II, nadie debe ser obligado a obrar contra su conciencia ni impedido de actuar conforme a ella, tanto en privado como en público, individualmente o en asociación con otros, dentro de los debidos límites (cf. CONC. ECUM. VAT. II, Decl. *Dignitatis humanae*, 2-3). Desde esta libertad, las personas y las comunidades religiosas pueden contribuir al bien común, respetando la autonomía de las instituciones civiles.

El respeto y la convivencia que se procuran dentro de una nación han de orientar también sus relaciones con otros pueblos. La propia *Constitución* uruguaya dispone que, en los tratados internacionales, la República procure que las controversias sean resueltas mediante el arbitraje u otros medios pacíficos y promueva la integración social y económica de los Estados latinoamericanos (cf. art. 6). Que Montevideo sea además sede de la Secretaría del Mercosur da particular concreción a esa vocación de favorecer espacios de entendimiento y cooperación en la región. En tiempos en que las diferencias pueden convertirse fácilmente en motivo de enfrentamiento, perseverar en el respeto al derecho, en la negociación y en la búsqueda paciente de acuerdos constituye un servicio que Uruguay puede seguir ofreciendo a sus vecinos.

Quisiera volver, antes de concluir, a aquella marcha representada en el centro de esta plaza. La *Redota* ocupa un lugar singular en la memoria uruguaya: recuerda a un pueblo puesto a prueba, que debió dejar atrás mucho de lo que tenía y procuró permanecer unido en medio de la incertidumbre.

Los relieves de este monumento se prolongan por las cuatro caras del pedestal. Desde un solo lugar apenas podemos contemplar una parte de aquella multitud. Para descubrir a los demás es necesario acercarse, recorrerlo y detener la mirada en sus personajes. El pueblo aparece precisamente en el conjunto. En aquella multitud podemos reconocer algo que permanece en la vida del Uruguay: la responsabilidad de unos hacia otros, que permite a personas de distintas generaciones y condiciones continuar construyendo una historia común.

A ese Uruguay he venido como Sucesor de Pedro y como pastor, con el deseo de encontrarme con la Iglesia que peregrina en esta tierra y de acercarme, con afecto,

a todo su pueblo. Los vínculos entre la Santa Sede y el Uruguay se remontan a los primeros años de su vida independiente. En ese contexto, mi Predecesor, el Papa Gregorio XVI, confirmó las facultades del Padre Dámaso Antonio Larrañaga y lo designó Vicario Apostólico de la República mediante un breve apostólico del 14 de agosto de 1832. Aquel acto, de naturaleza eclesiástica, ha sido interpretado también como un reconocimiento implícito de la independencia del nuevo Estado oriental, que entonces procuraba afianzar su posición entre las naciones.

Con una historia de fe y servicio que se remonta a siglos atrás, la Iglesia desea seguir ofreciendo al pueblo uruguayo aquello que ella misma ha recibido —a Jesucristo y la esperanza de su Evangelio— y colaborar desde su propia misión con cuantos trabajan por el bien común y la dignidad de cada persona.

Que estos días nos permitan fortalecer cuanto nos une y renovar la confianza con la que se afrontan las dificultades y se prepara lo que está por venir. Que Dios bendiga al Uruguay y que María Santísima, a quien este pueblo se confió en las horas de su nacimiento, siga acompañándolo a lo largo de su historia. Muchas gracias.

Celebración de las Vísperas con los Obispos, los Sacerdotes, los Diáconos, los Religiosos, las Religiosas y los Seminaristas

Catedral Metropolitana de la Inmaculada Concepción y San Felipe y Santiago en Montevideo

Viernes 6 de noviembre de 2026

Video

Queridos hermanos y hermanas en Cristo Jesús:

Es una alegría celebrar con ustedes la oración vespertina en esta Catedral, que conserva tantos recuerdos de la vida de su pueblo. Entre ellos, la pila donde recibió el Bautismo José Gervasio Artigas, signo de la fecunda contribución de la Iglesia al bien del país. Allí comenzó para él una vida nueva como hijo de Dios. Esa misma gracia está en el origen de nuestra propia historia. Por el Bautismo, Cristo nos ha hecho partícipes de su vida y nos invita a crecer en su semejanza, hasta que aprendamos a mirar, a escuchar y a amar como Él.

El salmo que acabamos de entonar contiene una advertencia sorprendente. Después de describir los ídolos de oro y plata, obras de manos humanas, dice: «Sean lo mismo los que los hacen, cuantos confían en ellos» (134,18). Los hombres construían aquellas imágenes y terminaban pareciéndose a ellas. Así es el corazón humano: poco a poco va tomando la forma de aquello que ama y en lo que deposita su confianza. Por eso Jesús nos dice: «Donde está tu tesoro, allí estará tu corazón» (*Mt* 6,21).

También nosotros, que hemos entregado la vida al Señor, necesitamos preguntarnos dónde está nuestro corazón. A veces puede quedar enganchado a una

obra que consideramos nuestra, al reconocimiento que recibimos o a la tranquilidad de tenerlo todo bajo control. Y, sin darnos cuenta, comenzamos a mirar a los demás desde una perspectiva fundada en esas preocupaciones. La fidelidad a nuestra vocación pide volver una y otra vez a Jesucristo; dejar que sea Él nuestro tesoro, aquel a quien queremos parecernos.

Los ídolos, continúa el salmo, «tienen boca y no hablan, tienen ojos y no ven, tienen orejas y no oyen» (134,16-17). Son de oro y plata, pero carecen de vida. ¡Qué distinto es el Dios en quien hemos puesto nuestra confianza! Él ve el sufrimiento de su pueblo y escucha su clamor. Así se lo reveló a Moisés junto a la zarza ardiente: «He visto la opresión de mi pueblo [...] y he oído sus gritos de dolor» (*Ex* 3,7).

Y cuando el Hijo de Dios se hizo hombre, aquella compasión divina se manifestó en un rostro humano, en unos ojos, unos oídos y unas manos como los nuestros. Jesús levantó la mirada hacia Zaqueo, escondido entre las ramas de un árbol (cf. Lc 19,5). Escuchó a Bartimeo, cuando muchos querían hacerlo callar (cf. *Mc* 10,48-49). Extendió la mano para tocar a un leproso (cf. *Mc* 1,41) y bendijo a los niños que se le acercaban (cf. *Mc* 10,16). De su boca salió la palabra que expulsaba a los demonios (cf. *Mc* 1,25-26) y, desde la cruz, la súplica de perdón por sus verdugos (cf. Lc 23,34). Así es nuestro Dios. En Jesús hemos conocido cómo nos mira y cuánto nos ama (cf. *Jn* 14,9).

Queridos hermanos, ese amor de Cristo ha querido llegar a tantas personas también por medio de ustedes. Sus ojos han visto crecer a generaciones enteras y han descubierto lágrimas que pasaban inadvertidas. Sus oídos han acogido confidencias difíciles de pronunciar. ¡Cuántas personas han llegado al

confesionario con temor y han salido gozosas por el perdón recibido! Lo mismo sucede con sus manos: que han elevado tantas veces el Cuerpo de Cristo, que han auxiliado a los enfermos, que han preparado un plato de comida o sostenido a quien ya no podía caminar. Esas manos que han hecho llegar a tantas personas, a través del carisma de sus congregaciones, la ternura de Dios. Algunas llevan las marcas de la edad y del trabajo. ¡Qué hermosas son las manos que han envejecido haciendo el bien!

Hay una transformación que el Señor realiza en quien permanece cerca de Él. La lectura breve nos ha recordado que la prueba de nuestra fe produce constancia (cf. St 1,3). La semejanza con Cristo madura también en las dificultades: cuando el trabajo parece estéril, cuando las fuerzas disminuyen, cuando es preciso comenzar de nuevo. La constancia va dejando una huella. Con los años, una mirada puede volverse más misericordiosa, unas manos, más dispuestas a servir y una palabra, más capaz de consolar. ¡Ojalá las pruebas nos encuentren siempre unidos a Jesús, para que nos hagan crecer en su amor!

Bajo las bóvedas de esta Catedral descansa el cuerpo del beato Jacinto Vera. En ese sepulcro esperan la resurrección aquellos pies que recorrieron los caminos del Uruguay para llevar el Evangelio a su pueblo; las manos que bendijeron, socorrieron a los pobres y administraron los sacramentos; los oídos que acogieron incontables confidencias y los ojos que se detuvieron en quienes necesitaban ayuda. Así lo expresó una religiosa que lo trató durante años y que, evocando su sencillez al hablar y hasta su manera de caminar, dejó este testimonio: «De verlo nada más parecía que estaba siempre en oración» (Positio, I,154). El trato con Dios había modelado su rostro, sus gestos, su manera de estar entre los demás. Quienes

se acercaban a él encontraban algo de la bondad de Cristo, incluso antes de escuchar una palabra de su predicación.

Queridos hermanos y hermanas, he aquí uno de los secretos de la evangelización: parecernos a Aquel a quien anunciamos. En esta tierra, donde muchos de nuestros contemporáneos apenas conocen a Jesucristo y tantos jóvenes han crecido lejos de la vida de la Iglesia, ese testimonio tiene una fuerza particular. Que al ver cómo miramos a los demás, cómo escuchamos o cómo nos acercamos a quien sufre, pueda provocar en ellos la pregunta, de dónde nace ese amor. Y que, cuando les hablemos de Jesús, descubran al mismo Señor cuya bondad, a pesar de nuestra pobreza, han comenzado a experimentar a través de nosotros.

Ese deseo de que otros conozcan y sigan a Jesús se ha expresado también en la oración por las vocaciones. Cuando, en 2024, el seminario interdiocesano no recibió nuevos candidatos, muchos fieles comenzaron a unirse en jornadas de oración y ayuno para pedir al Dueño que envíe trabajadores a su mies (cf. *Mt* 9,38). Desde entonces, han perseverado en la súplica para que otros escuchen su llamado. Y hoy damos gracias porque varios jóvenes han comenzado su camino en el seminario y en la vida consagrada y están sentados en medio de nosotros. ¡Qué alegría saber que siguen naciendo respuestas generosas al amor de Cristo! Agradezco de corazón a quienes han sostenido esta súplica y los animo a perseverar. Vean en estos frutos la prueba de que nuestro Dios escucha la oración de su pueblo.

Quisiera que esta experiencia del Uruguay encontrara eco en toda la Iglesia. Desde esta Catedral de Montevideo, invito a mis hermanos obispos de todo el mundo a promover en sus diócesis jornadas de oración y ayuno por el aumento de

vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada. Que las parroquias, las familias y las comunidades religiosas se unan en esta súplica. ¡Que el ejemplo de esta tierra anime a muchos otros a pedir con la misma confianza! Queridos seminaristas, novicios y novicias, contemplen a quienes han recorrido antes que ustedes el camino de la entrega: sus manos gastadas, su amor perseverante, su manera de tratar con Jesús. Aprendan de ellos esa familiaridad con el Señor. Y a quienes llevan muchos años en el ministerio o en la vida consagrada, les pido que vuelvan siempre a lo esencial. Custodien el silencio de la oración, la escucha de la Palabra, el encuentro con Cristo en la Eucaristía. En esa intimidad se renueva el amor que los llevó a entregarle su vida, y nuestro corazón va adquiriendo los rasgos del suyo.

Hay todavía una imagen del salmo que quisiera recordar. De aquellos ídolos se dice que «no tienen aliento en sus bocas» (134,17). El Señor resucitado, en cambio, sopló sobre sus discípulos y les dijo: «Reciban el Espíritu Santo» (*Jn* 20,22). Ese mismo Espíritu da vida a este barro que somos (cf. Gn 2,7) y nos reúne en un solo cuerpo. Déjense conducir por Él y hagan todo unidos en el vínculo del amor, sobre todo cuando se vean rodeados de toda clase de pruebas (cf. *St* 1,2). Aunque a veces los separen muchos kilómetros, sosténganse unos a otros y permanezcan siempre en comunión con el Sucesor de Pedro, que también necesita el apoyo de sus oraciones.

Dentro de unos instantes cantaremos el *Magníficat*. En el seno de María Santísima se formaron aquellos ojos que mirarían con misericordia, los oídos que escucharían nuestras súplicas y las manos que se extenderían para salvar. Que Nuestra Señora de los Treinta y Tres nos ayude a mantener el corazón junto a su Hijo, para que, cuando llegue la hora de cerrar nuestros ojos, podamos escuchar la voz del Señor llamándonos por nuestro nombre y abandonarnos confiados en sus manos. Amén.

Santa Misa

Parque París Londres en el departamento de Paysandú

Sábado 7 de noviembre de 2026

Video

Queridos hermanos y hermanas:

Esta es la primera Misa de mi visita que celebro en tierra uruguaya, gracias por estar aquí. Las lecturas que hemos escuchado nos describen la figura de un hombre justo, a quien el Señor ayuda y fortalece para que lleve adelante la misión que le ha sido encomendada. San Pablo, en la Carta que dirige a los filipenses, agradece el apoyo de la comunidad en su tarea misionera, consciente de que, en su pobreza, Dios es toda su riqueza, y su Divina Providencia se manifiesta a través de los hermanos a los que ha sido enviado.

El Salmo, por su parte, llama bienaventurado a quien ama la ley del Señor y cuyas obras son coherentes con su fe. Asimismo, Jesús en el Evangelio destaca al hombre honrado, que sirve a Dios y lo pone en el centro de su vida, y que es fiel en todo lo que se le confía, ya se trate de un asunto grande o pequeño.

Hoy, reunidos aquí en Paysandú para celebrar la Eucaristía, con la alegría de congregar en torno a una misma mesa a tantos fieles de la Iglesia uruguaya, así como a peregrinos venidos de países hermanos, la liturgia de la Palabra nos lleva a evocar la presencia en estas tierras rioplatenses de tantas personas de fe que, desde los inicios de la evangelización del continente, llegaron en nombre del Señor para anunciar la gran alegría que ellos mismos habían experimentado al encontrarse con Cristo. Como los ángeles a los pastores (cf. Lc 2,10), ellos

transmitieron con gozo la buena noticia del Evangelio, expresando su fe a través de obras de caridad y misericordia.

En esta celebración también queremos recordar y dar gracias a Dios por la vida y el ministerio de un hijo de estas tierras, el beato Jacinto Vera, Obispo de Montevideo, que fue un testigo coherente de la fe que anunciaba, generoso en la caridad y entregado totalmente a la misión apostólica. Desplegó su celo pastoral en todas direcciones y sin medir los sacrificios. Por ejemplo, acudía a atender a los enfermos a caballo, a pesar de las grandes distancias, de los peligros del camino y de las inclemencias del clima. El "obispo gaucho" recorrió tres veces el territorio uruguayo, llevando fe y esperanza a sus habitantes. Durante la histórica Defensa de Paysandú, en 1864, Mons. Vera se instaló en la Isla de la Caridad, frente a la ciudad sitiada, para atender a refugiados y heridos de ambos bandos. Allí se quedó hasta la caída del sitio para acompañar a su gente, suplicando en nombre de Dios que los ejércitos de hermanos se dieran el abrazo fraternal.

Queridos hermanos y hermanas: hoy nos corresponde a nosotros continuar el legado que estos sembradores del Evangelio nos han dejado, y debemos hacerlo teniendo en cuenta lo que nos dice la Palabra de Dios: con justicia, honestidad y fidelidad, conscientes de que el mensaje que anunciamos no nos pertenece. Es un tesoro que hemos recibido del Señor, y lo llevamos en vasijas de barro (cf. 2 Co 4,7).

Hay tres símbolos que caracterizan a esta región y que pueden ayudarnos a reflexionar sobre el tesoro de la fe que nos ha sido dado y la misión que hoy se nos confía. El primero es el puente, el segundo los palmares y el tercero el mate.

En esta ciudad de Paysandú se encuentra el Puente internacional General Artigas, que atraviesa el río Uruguay, uniendo dos países limítrofes. No es difícil imaginar los beneficios que genera un puente: apertura, comunicación, intercambio. Por eso, ¡qué importante es ser constructor de puentes! Esa es la vocación a la que todos estamos llamados: construir puentes, estrechar lazos, unir, comunicar, transmitir la alegría de la fe, como lo hizo el beato Jacinto «a tiempo y a destiempo» (2 Tm 4,2).

Además, es necesario que el puente tenga buenos cimientos, para que no sucumba a las corrientes más enfurecidas. Ciertamente, así como la casa edificada sobre roca permanece firme en medio de la tormenta y la casa construida sobre arena corre el peligro de derrumbarse (cf. Mt 7,24-27), también un puente necesita los soportes adecuados para no desplomarse con la fuerza del viento y de las aguas. Cada vez que vayan a la costa y divisen el puente, recuerden que este símbolo nos representa y nos indica la importancia de una sólida formación cristiana. Necesitamos estar bien preparados para dar razones de nuestra fe a todo el que nos lo pida (cf. 1 P 3,15) y no dejarnos arrastrar «por cualquier clase de doctrinas extrañas» (Hb 13,9). Sólo así seremos instrumentos de unidad y vínculos de caridad.

Otro símbolo que caracteriza y embellece esta tierra son los palmares. Nos dice el libro de los Salmos que «el justo florecerá como una palmera» (Sal 92,13). Este árbol es resistente a la fuerza de los vientos, posee raíces profundas, se eleva rectamente hacia el cielo en busca de luz y produce el dulce fruto del yatay. Esta es una hermosa imagen del origen y el destino al que estamos llamados: arraigarnos en Cristo, Alfa y Omega, Principio y Fin de nuestra vida, para que, permaneciendo unidos a Él, demos buenos frutos (cf. Jn 15,5).

Al mismo tiempo, vemos que en esta región las palmeras no crecen aisladas, sino que forman palmares, es decir, son muchas, no están solas ni distanciadas. Así también la Iglesia es una comunidad de hermanos que hunde sus raíces y bebe de un manantial común: la Palabra de Dios, los Sacramentos, la oración y la acción caritativa, y sus fieles elevan su mirada para alabar juntos a Cristo, sol que nace de lo alto, cuya luz guía los pasos de la humanidad por el camino de la paz (cf. Lc 1,78-79).

Finalmente, pensemos en un símbolo que está presente en cada hogar de este país, en cada lugar de estudio y de trabajo, en cada reunión de amigos. Me refiero al mate, esa bebida tan típica de Sudamérica, cuyo significado profundo ustedes pueden explicar mejor que yo. Seguramente el mate los ha acompañado también hoy, en el viaje de camino a esta celebración, y los acompañará al regresar. También hasta Roma ha llegado el mate, eh.

El mate es signo de familiaridad, de amistad y de encuentro. Nos enseña a compartir y a estar juntos, a estrechar los lazos que nos unen y hermanan. Es signo de acogida, de integración y de valores comunes. "Tomar mate" es un ritual lleno de simbolismos, donde se dialoga sin palabras y cada detalle posee un significado propio. Pienso también en los mates que uno toma cuando está solo y que acompañan un momento de silencio y oración. En esos espacios de soledad, cuántas veces tantos de ustedes le habrán confiado a Dios sus preocupaciones y necesidades, sus deseos y anhelos más profundos.

Queridos hermanos y hermanas: necesitamos reflexionar sobre estos símbolos que nos son comunes, que nos dan identidad y sentido de pertenencia, que nos hablan de nuestros orígenes y nos proyectan hacia el futuro. También la fe forma parte del

pueblo uruguayo desde sus orígenes, y es necesario transmitirla a las futuras generaciones con valentía creativa.

Jesús, en el Evangelio de hoy, nos recuerda la importancia de la fidelidad a los dones recibidos: «El que es fiel en lo poco, también es fiel en lo mucho» (Lc 16,10). Estas palabras las hicieron vida muchos hombres y mujeres, como el obispo Jacinto Vera, que fueron fieles a la vocación recibida y esparcieron las semillas del Evangelio en el alma del pueblo uruguayo. Esas semillas continúan vivas en la comunidad, pero es necesario seguir aportando las condiciones necesarias para que puedan crecer y expresar todo su potencial. Es necesario seguir formando en la fe a los niños y jóvenes, acompañando a las familias, sosteniendo a los ancianos y practicando las obras de caridad.

Queridos hermanos y hermanas: los animo a continuar la misión evangelizadora con entusiasmo. Sean puentes, para que muchos se encuentren con Jesús. Sean comunidad fraterna, que se reúne y comparte la vida y los proyectos, los sueños y las esperanzas, especialmente con los más necesitados. Sean comunidad orante, que mantiene el diálogo con el Señor "como un amigo habla con otro amigo" (cf. Jn 15,15). ¡Cristo cuenta con ustedes! ¡Cristo cuenta contigo!

Que nuestra Madre celestial, la Virgen de los Treinta y Tres, los proteja en el camino de la vida y los guíe siempre al encuentro con su Hijo Jesús.

Encuentro con la Realidad Social

Parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe en el barrio de Casavalle, Montevideo

Sábado 7 de noviembre de 2026

Video

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenas tardes!

Es una gran alegría para mí poder visitar esta parroquia, este barrio, recorrer las calles de este barrio y conocer las obras que con tanto esfuerzo se han realizado. Viéndolos, me siento como en casa, recordando las visitas a distintas comunidades como misionero. Agradezco al Cardenal Daniel Sturla, Arzobispo de Montevideo, al P. Pablo Coimbra, párroco de esta comunidad, y a la señora Carmen Albana Sanz por sus palabras de bienvenida; y a todos ustedes por su presencia hoy aquí y por haber preparado este encuentro con tanto entusiasmo. De modo especial quiero agradecer a quienes han dado sus testimonios, abriendo sus corazones para compartir con nosotros el triunfo de la vida, la fe y la esperanza: gracias Angélica, Alan y Katherine.

Esta parroquia está dedicada a Nuestra Señora de Guadalupe, a quien mis predecesores declararon “Patrona de América Latina” y “Emperatriz de las Américas”. Esa presencia amorosa de nuestra Madre del cielo en este continente nos invita a mirar más allá de la realidad que nos circunda, a ver más allá de las fronteras y, elevando la mirada, a abrir nuestros corazones a las realidades eternas. Asimismo, María nos enseña a hacer lo que nos dice su Hijo Jesús (cf. Jn 2,5), y esa es la misión de las parroquias: ser como un faro que señale la presencia de Jesucristo, ofreciendo a todos la luz de la Palabra de Dios, el auxilio de los Sacramentos, la ayuda de la oración y el bálsamo de la caridad fraterna. En esta

comunidad parroquial se ha llevado adelante un proyecto de construcción de varias viviendas destinadas a familias de escasos recursos. Me alegra haber podido contribuir a esta hermosa iniciativa a través de los benefactores de la Papal Foundation, a quienes agradezco sinceramente su generosidad. Que estas viviendas sean para sus familias mucho más que un techo: un verdadero hogar donde puedan crecer en dignidad, paz y esperanza, sintiendo siempre la cercanía y el amor de Dios.

Quisiera compartir con ustedes una historia que Jesús contó a sus discípulos —seguramente la conocen—; me refiero a la parábola del buen samaritano (cf. Lc 10,29-37). En ella se cuenta que un hombre «cayó en manos de unos bandidos, que lo despojaron de todo, lo hirieron y se fueron, dejándolo medio muerto» (v. 30). Este hecho fue muy lamentable e injusto. A la terrible agresión que recibió el hombre que iba por el camino, se le sumó, además, el dolor causado por la indiferencia de aquellos que, aun viéndolo necesitado, pasaron de largo (cf. vv. 31-32). Pero la historia no termina allí; en el relato se enciende una luz de esperanza: un samaritano, al verlo se conmovió, se acercó, curó sus heridas, lo condujo a un albergue y ofreció los medios necesarios para su cuidado y recuperación (cf. vv. 33-35).

Queridos hermanos y hermanas, esta historia la podemos ver muchas veces replicada también hoy en los numerosos casos de inseguridad y de violencia que lamentablemente amenazan la paz de nuestros barrios, e incluso la vida de nuestros seres queridos, y a los que tantas veces la sociedad responde con la indiferencia. Al mismo tiempo, podemos ver la otra cara, es decir, la acción de numerosas instituciones y personas de buen corazón que contribuyen a fomentar la paz y que ayudan a las personas a hacer frente a sus necesidades de manera concreta. Un

luminoso ejemplo es la vida entregada del Padre Cacho, que supo tender puentes, derribar muros y generar encuentro, como nos ha contado Angélica en su testimonio.

Necesitamos seguir apostando por la cercanía caritativa del buen samaritano que, al advertir la desgracia ajena, no fue indiferente, sino que se hizo cargo de la vida de su hermano. No podemos pasar de largo cuando sabemos que hay niños en Uruguay que no van a la escuela por miedo a no volver. No podemos acallar nuestra conciencia cuando constatamos que una madre no tiene los medios para alimentar a sus hijos. No podemos ignorar que en nuestro entorno hay mucha gente que sufre, que está sola y es vulnerable. Lo escuchamos en primera persona, en las conmovedoras palabras de Katherine. Un hijo de este país, tan rico en recursos, no debería irse a dormir sin comer, ni debería renunciar a recibir una educación y un futuro dignos debido a la inseguridad que reina en las calles. Mucho menos debería sufrir violencia hasta el extremo de llegar a perder la vida.

Tenemos que trabajar unidos: la Iglesia, la comunidad civil y el Estado. Necesitamos despertar de nuestras inercias y abogar por el bien común. Es la experiencia que nos ha compartido Alan, que hoy ofrece gratuitamente lo que a su vez ha recibido. En nosotros está la decisión de construir una nueva ciudad, en la que nadie sea excluido, o de seguir cómodamente sumido cada uno en sus propios asuntos. Nos decía el Papa Francisco que «la inclusión o la exclusión de la persona que sufre al costado del camino define todos los proyectos económicos, políticos, sociales y religiosos. Enfrentamos cada día la opción de ser buenos samaritanos o indiferentes viajantes que pasan de largo» (Carta enc. Fratelli tutti, 69).

La labor de la Iglesia nace de la caridad evangélica, «que la impulsa a acercarse a las heridas de la humanidad en los momentos en que estas se manifiestan con mayor gravedad. Cuando interviene, lo hace imitando al buen samaritano, con discreción y cercanía, consciente de que lo que surge de una necesidad inmediata no puede convertirse en norma, ni sustituir las responsabilidades institucionales propias de la comunidad civil» (Carta enc. Magnifica humanitas, 21). Unamos por tanto nuestros esfuerzos y respondamos con generosidad a la llamada a edificar juntos una patria de hermanos.

Queridos amigos, la parábola del buen samaritano concluye con este envío de Jesús: «Ve, y haz tú lo mismo» (Lc 10,37). Se trata de un mandamiento que todo cristiano debe oír resonar cada día en su corazón (cf. FRANCISCO, Exhort. ap. Dilexi te, 107). Dejemos que estas palabras nos renueven y nos impulsen para seguir construyendo juntos una nueva ciudad, donde reinen el amor y la paz. Que Dios los bendiga y nuestra Madre de Guadalupe, a quien profeso especial afecto y veneración, pues en su fiesta recibí la ordenación episcopal, los ampare con su manto celestial. Muchas gracias.

Encuentro con el Mundo de la Educación

Universidad Católica de Uruguay en Montevide0

Sábado 7 de noviembre de 2026

Video

Queridos hermanos y hermanas:

Me alegra mucho poder reunirme con ustedes, que, a ejemplo de Jesús, el Divino Maestro, dedican su vida al servicio de la educación. Saludo al Cardenal Daniel Sturla, S.D.B., Gran Canciller de esta Universidad Católica. Saludo a los señores Obispos, al Rector, el padre Julio Fernández Techera, S.I., y a todas las autoridades civiles. Mi saludo especial a los profesores y a los estudiantes, venidos de tantos centros educativos de este país.

Hace poco más de treinta y ocho años, san Juan Pablo II visitó esta casa de estudios, que en ese entonces estaba dando sus primeros pasos. Hoy, deseo agradecerles de corazón la labor educativa que han realizado y siguen realizando en las comunidades de formación y de enseñanza, en los distintos niveles y etapas del aprendizaje, en favor del anuncio del Evangelio y de la dignidad de la persona humana. Esa constancia demuestra que la educación católica en Uruguay ha llegado a ser «la forma concreta con la que el Evangelio se convierte en gesto educativo, relación, cultura». Nos afirma, además, que «el Evangelio no envejece, sino que "hace nuevas todas las cosas" (Ap 21,5). Cada generación lo escucha como una novedad que regenera. Cada generación descubre su poder seminal y multiplicador» (cf. Carta ap. *Diseñar nuevos mapas de esperanza, Proemio*, 1.1).

El objetivo de la misión pastoral en el ámbito educativo es que el estudiante, el profesor, el directivo del centro de educación, escuche, vea, guste, toque, huela la

Buena Noticia; que ilumine los sentidos, como lo hacen los vibrantes murales de este campus universitario, para que quien participa de la comunidad educativa crezca y fortalezca su inalienable dignidad de persona humana. Lo mismo ocurre en los entornos de educación extraescolar e informal, en las comunidades educativas y de reinserción social o terapéutica, donde, más aún que las palabras, cuenta la presencia atenta y el testimonio de vida de adultos creíbles, competentes y que cooperan entre sí.

Para que se alcance esa meta, ante la realidad mundial que estamos viviendo, considero necesario «superar las visiones dualistas: El ser humano es "unidad de cuerpo y alma". La reducción del cuerpo a un "objeto", del que se puede disponer arbitrariamente, es siempre una negación de la dignidad de la persona» (cf. CONC. ECUM. VAT. II, Const. past. *Gaudium et spes*, 14; *Audiencia general*, 9 septiembre 2026).

Los invito, por ello, a que hagamos un breve "paseo" por nuestros cinco sentidos y, reflexionando en ellos, redescubramos la belleza del Evangelio y la magnificencia de nuestra humanidad.

Empecemos comentando el versículo de un salmo: «*Cuando contemplo el cielo*» (Sal 8,4). El salmista nos conduce hasta una de las operaciones más sublimes de nuestros ojos: contemplar. Contemplar, hoy en día, es mirar con atención, casi maravillado, algo espiritual o material. La conciencia de nuestro lugar en el plan de Dios y de nuestra responsabilidad personal y colectiva en el cuidado de la armonía original nace de la contemplación de la creación y del encuentro con Él. Esto podemos apreciarlo también en los doce edificios del campus, que se fusionan armoniosamente en el entorno de este barrio.

Contemplar es evangelizar en ese proceso cognitivo cada vez más difícil: La atención. Cuando se crece en este proceso, nuestros niños y jóvenes logran la profundidad que añoran; adquieren espacios de silencio y discernimiento; crecen en la familiaridad del diálogo con la conciencia y con Dios (cf. Carta ap. *Diseñar nuevos mapas de esperanza*, 10.3). Les pido que en su labor educativa la contemplación tenga un lugar privilegiado.

En segundo lugar, el salmista, al decir «*el cielo, obra de tus dedos*» (Sal 8,4), continúa en su contemplación, hasta el punto de que logra ver los dedos de Dios, como los de un artista que va dejando en la creación luminarias, ángeles, seres vivos que se mueven en el firmamento, en la tierra y en las aguas. De todos estos seres, sólo el hombre tendrá dedos que, unidos en sus manos, trabajarán la tierra, producirán frutos, saludarán a sus semejantes, acariciarán, abrazarán. No obstante, no podemos olvidar que, en la actualidad, los dedos humanos están produciendo la más terrible de las "obras humanas": la guerra (cf. *Discurso en la sede de la UNESCO*, 25 septiembre 2026).

La educación católica que ustedes desarrollan está llamada a que la comunidad educativa descubra la importancia del tacto, de las manos, de los dedos, para fomentar la paz. Si nuestros estudiantes sienten el abrazo bautismal que nos dio de pequeños el Padre, anhelarán el otro abrazo, el del Padre misericordioso que nos espera en la gloria. Hacer que nuestros niños y jóvenes se sientan como en medio de estos dos abrazos es la dura pero hermosa tarea del que predica el Evangelio (cf. FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, 144). Quien se siente abrazado por el Padre es, inevitablemente, un constructor de paz.

En el paseo que estamos haciendo, el apóstol Pedro nos dirige hacia el sentido del gusto, diciendo: «*Han gustado qué bueno es el Señor*» (1 P 2,3). Este sentido evoca el sabor, la sabiduría que viene de experimentar, de rumiar, de degustar. Hablo de la sabiduría que nos acerca a la bondad de Dios; la sabiduría que nos hace hermanos; la sabiduría que nos hace santos. Gustar no se limita a reconocer sabores, clasificar alimentos, agrupar comidas. De la misma manera, no puede ser considerado sabio aquel que reúne información, sin discernir, sin reflexionar, sin conocer el contexto.

Es urgente, entonces, que nuestra educación escolar y universitaria contribuya al «uso sabio de las tecnologías y la IA, colocando a la persona antes que el algoritmo y armonizando las inteligencias técnica, emocional, social, espiritual y ecológica» (cf. Carta ap. *Diseñar nuevos mapas de esperanza*, 10.3). Que nuestros niños y jóvenes saboreen «lo bueno, lo que agrada, lo perfecto» (Rm 12,2).

Para considerar el olfato, podemos remitirnos al episodio de la unción en Betania relatado por el evangelista Juan: «*La casa se llenó de la fragancia del perfume*» (Jn 12,3). «*El mundo se ha llenado de la buena fama, porque olor bueno es la buena fama*», nos recuerda San Agustín (*Comentario a San Juan, Tratado 50*, n. 7). La fama del hombre de hoy ha sufrido innumerables golpes, hasta el punto de que desechar, rechazar, menospreciar, se ha convertido en un olor nauseabundo, aceptado por nuestro olfato.

El proceso de deshumanización que estamos viviendo es un desafío para nuestras instituciones escolares y universitarias. «La paradoja resulta cada vez más evidente: mientras se atribuye “inteligencia” a los sistemas computacionales, nos cuesta reconocer la dignidad inalienable de las personas, cuyas vidas se juzgan

según el criterio de la eficiencia y, cuando se considera que ya no son productivas, son rechazadas y descartadas» (*Discurso en la sede de la UNESCO*, 25 septiembre 2026).

Es indispensable que defendamos el *buen olor* de la persona humana, fundamentados en el *buen olor* del Mesías. Necesitamos proclamar de nuevo que la vida humana se respeta en todas sus fases y estados. Nadie puede ser rechazado.

Finalizamos nuestro paseo con el sentido de la escucha, citando al evangelista Mateo, que dice: «*El que tenga oídos, que oiga*» (Mt 13,9). Terminamos aquí con la intención de que cuanto hemos reflexionado en esta casa de estudios sea oído y, posteriormente, escuchado en sus instituciones educativas. Afinar el oído es importante en el mundo de hoy. Discernir lo que escuchamos marca la diferencia. «San Agustín, al injertar la sabiduría bíblica en la tradición grecorromana, comprendió que el maestro auténtico suscita el deseo de la verdad, educa la libertad para leer los signos y escuchar la voz interior» (Carta ap. *Diseñar nuevos mapas de esperanza*, 2.2).

Nuestra educación católica no puede estar proyectada en un circuito cerrado. Más bien, debe acostumbrarse a escuchar a las familias, a la sociedad civil, a las autoridades políticas y administrativas, así como a los representantes de los sectores productivos y de las categorías laborales. Hoy en día, nuestros niños y jóvenes “escuchan” cuando participan del voluntariado, de la misión o del proyecto comunitario. El que escucha reconoce al otro como un bien, no como una amenaza. En las Sagradas Escrituras, escuchar al Señor ha sido visto como un acto de sabiduría, de prudencia y de justicia (cf. Pr 1,2-5;2,1-9). Estas tres virtudes deben adornar nuestros proyectos educativos, teniendo en cuenta que las generaciones

cambian mucho más rápido que antes y que, estar al día, sin abandonar la sana tradición, es todo un desafío.

Queridos hermanos y hermanas, les pido que sigan caminando, evangelizando y contemplando a toda la persona: «cuerpo y alma, corazón y conciencia, inteligencia y voluntad» (CONC. ECUM. VAT. II, Const. past. *Gaudium et spes*, 3). No nos está permitido detenernos. Sigamos caminando en Aquel que se hizo Camino, Verdad y Vida. Agradezco nuevamente la labor educativa que realizan, y poniéndola bajo el amparo de la Bienaventurada Virgen María, Sede de la Sabiduría, les imparto de corazón la Bendición Apostólica.

Vigilia de Oración

Estadio del Centenario en Montevideo

Sábado 7 de noviembre de 2026

Video

Queridos hermanos y hermanas, querido Uruguay: ¡buenas noches!

Doy gracias a Dios por la oportunidad que me da de encontrarme aquí con ustedes. Agradezco también al Cardenal Sturla, Arzobispo de Montevideo, las palabras de bienvenida que me ha dirigido, así como a Federica, Giovanni y la familia Gutiérrez Hernández la sinceridad con la que han compartido sus testimonios. Sé que, detrás de lo que puede verse en una visita breve, hay años enteros de fidelidad. Pienso en las familias que han transmitido la fe, en los sacerdotes y consagrados que han entregado su vida, en los laicos —muchos de ellos jóvenes— que sostienen sus comunidades y en tantas personas que se ponen al servicio de los demás por amor a Dios. Gracias por haber hecho presente a Jesucristo en tantas vidas. Él nos eligió para que vayamos y demos fruto (cf. *Jn* 15,16), y quizá mucho de ese fruto permanece allí donde nosotros mismos ni siquiera alcanzamos a verlo. La Iglesia les está profundamente agradecida.

Estar con ustedes esta noche me permite compartir una reflexión sobre algo que hoy experimentan muchas comunidades cristianas: el avance de la secularización y de una indiferencia religiosa cada vez más extendida. En muchos lugares, la fe ha dejado de transmitirse con la naturalidad de generaciones anteriores y crece el número de quienes atraviesan buena parte de su vida sin una relación habitual con la Iglesia ni con la práctica religiosa. Los creyentes que peregrinan en Uruguay han tenido que aprender a vivir y anunciar su fe en ese escenario, como hemos podido

escuchar esta noche. Por eso, su experiencia puede ayudar a hermanos y hermanas en otras partes del mundo que comienzan a descubrir, de distintas maneras, qué significa ser una minoría. Pero, aun en estas circunstancias, hay quienes perseveran: padres que rezan con sus hijos, profesores que procuran vivir y testimoniar la fe, jóvenes que han descubierto a Cristo y desean seguirlo incluso cuando se sienten solos, hay comunidades que continúan reuniéndose y sacerdotes que recorren grandes distancias para llevar los Sacramentos a los fieles. Al pensar en todo esto, me venía una y otra vez a la memoria una pequeña ciudad bíblica: Belén.

El profeta Miqueas la había llamado «pequeña entre los clanes de Judá» (5,2); San Mateo, en cambio, dirá: «De ningún modo eres la menor» (2,6). Belén seguía siendo pequeña. Nada había cambiado en su tamaño ni en su importancia política. Quizá Belén pueda enseñarnos algo sobre esta realidad: cuando somos pocos, cuando disminuyen las fuerzas o cuando comprobamos que nuestra presencia social ya no es la misma, existe el riesgo de empezar a juzgar nuestra situación con criterios muy humanos. El Evangelio nos invita a mirar de otro modo. Dios escogió Belén, y esa elección basta para que no identifiquemos pequeñez con insignificancia.

Santa Misa en el Santuario Nacional de la Virgen de los Treinta y Tres

Catedral Basílica de la Virgen de los Treinta y Tres en el departamento de Florida

Domingo 8 de noviembre de 2026

Video

Queridos hijos e hijas de esta tierra uruguaya:

Con gran entusiasmo, junto a Nuestra Señora de los Treinta y Tres, me encuentro hoy aquí con ustedes. Vengo como peregrino para compartir la fe y el cariño con que este pueblo ha mirado durante generaciones a la Madre de Dios. A quienes han venido desde distintos lugares, a quienes peregrinan hasta aquí desde hace años y a quienes hoy se acercan por primera vez, los abrazo con afecto y los encomiendo a la protección de María.

La Palabra de Dios pone hoy ante nosotros a dos mujeres que vivieron en tiempos muy distintos y sobre las que resuena casi la misma bendición. A Judit, después de la liberación de su pueblo, le dicen: «Bendita seas, hija, ante el Dios Altísimo, más que todas las mujeres de la tierra» (*Jdt* 13,18). Muchos siglos después, Isabel recibe a María en su casa y exclama: «Bendita tú entre las mujeres» (*Lc* 1,42).

La tradición cristiana reconoció muy pronto esta relación. En Judit contempló a una mujer que, en un momento difícil para su gente, no se dejó dominar por el miedo. Rezando y ayunando, tomó una decisión que la llevó a arriesgar su propia vida (cf. Jdt 8-10). Cuando llegó la victoria, Judit no se la atribuyó. Sabía bien quién había salvado a Israel y decía: «Canten a mi Dios con tamboriles, entonen al Señor himnos con címbalos» (*Jdt* 16,1). Por eso son tan grandes las palabras con que su pueblo la recibe: «Tú eres la gloria de Jerusalén, tú el orgullo de Israel, tú

el insigne honor de nuestra raza» (*Jdt* 15,9). En Judit, el pueblo celebraba lo que Dios había hecho en su favor.

Escuchar hoy estas palabras ante la Patrona de este país tiene una resonancia particular. Esta pequeña imagen está vinculada a una hora decisiva de la historia del Uruguay. En 1825, quienes luchaban por la libertad de esta tierra acudieron también a María, para poner aquel comienzo bajo su protección. Aquel gesto nos recuerda que tampoco la historia de los pueblos se comprende del todo cuando se prescinde de Dios. Así, desde una de las horas fundacionales de la patria, Uruguay quedó íntimamente ligado a una Madre. Desde entonces han pasado distintas generaciones, han cambiado las circunstancias e incluso la relación de muchos uruguayos con la fe. Ella ha permanecido aquí. Mientras María acompañaba la historia de este pueblo, en tantos hogares fueron otras mujeres las que conservaron la fe y la entregaron a sus hijos.

Pienso en las madres que pusieron en los labios de sus hijos las primeras palabras de oración, que los llevaron a bautizar, los prepararon para recibir los sacramentos y les enseñaron a vivir la caridad cristiana. Pienso en las abuelas que conservaron un altar en casa, que rezaron por los vivos y por los difuntos, que hicieron presente a Dios en las cosas ordinarias de la vida. Ya en los primeros tiempos de la Iglesia encontramos algo semejante: la fe de Timoteo tenía detrás dos nombres de mujer. El Apóstol recuerda con afecto a su abuela Loida y a su madre Eunice, en quienes había habitado primero aquella «fe sincera» que Pablo reconocía también en él (cf. 2 *Tm* 1,5). La Escritura nos dice poco de aquellas dos mujeres. Sabemos, sin embargo, que de aquella fe aprendida en casa se nutrió quien llegaría a ser un estrecho colaborador de San Pablo (cf. *Hch* 16,1-3).

Esta tierra tiene también nombres de mujer inscritos en su historia de fe. Entre ellos está Santa María Francisca Rubatto, que quiso quedarse entre ustedes y servir aquí a los más necesitados. Están también las beatas mártires Dolores y Consuelo Aguiar-Mella, dos hermanas nacidas en Montevideo. Son vidas muy distintas, pero en las tres encontramos una fidelidad llevada hasta el extremo.

Pero la mayor parte de esta historia no quedó escrita en los libros. Se fue transmitiendo silenciosamente de generación en generación, dentro de las familias. Cuando uno se pregunta de dónde vino la fe que lleva dentro, muchas veces aparece el nombre de una mujer concreta: una madre, una abuela, una madrina, una religiosa, una catequista. Tal vez no recordamos todas las palabras que nos dijeron, pero sí cómo rezaban, cómo hablaban del Señor y con qué convicción vivían lo que nos enseñaban.

A todas esas mujeres quisiera hoy darles las gracias, gracias por haber creído, gracias por haber mantenido abierto en tantas familias un camino hacia Dios. Algunas pudieron hacerlo apoyadas en una tradición familiar que venía de lejos; otras tuvieron que sostener esa fe con mayor esfuerzo, quizá sin encontrar siempre comprensión o apoyo dentro de su propia casa. Sé que muchas cargan una pena muy concreta. Enseñaron a rezar a sus hijos y hoy esos hijos ya no rezan. Iban juntos a Misa y hace años que no entran en una iglesia. Hablaron a sus nietos de Dios y ahora no saben si aquellas palabras dejaron alguna huella. A veces se preguntan si hicieron algo mal o si todo aquello terminó perdiéndose. Permítanme recordar aquí a Santa Mónica. Ella conoció bien ese dolor. Rezó durante años por un hijo que parecía cada vez más lejos de Dios, y no dejó de confiar en la gracia. Por eso, no den por perdido aquello que sembraron. El Señor mismo nos enseñó que la semilla puede crecer sin que el sembrador sepa cómo (cf. *Mc* 4,27).

Madres y abuelas: ¡no se cansen de transmitir la fe! Prediquen con su vida y también con su palabra. Insistan en la oración, en el amor y en la esperanza: insistan a tiempo y a destiempo (cf. 2 *Tm* 4,2). Háganlo con paciencia, sin dureza y sin desaliento. Aunque sus seres queridos parezcan lejos de Dios, sigan poniéndolos ante Él. No dejen de bendecir, de acompañar, de recordarles con sencillez aquello que un día recibieron. Hay puertas que ustedes no pueden abrir, pero Dios sí.

Quisiera dirigirme también a los varones, a los padres y a los abuelos. Sus hijos y nietos necesitan ver que la fe ocupa un lugar verdadero en la vida de los hombres de su familia. Imiten a San José, quien asumió la tarea de formar a Jesús, llevándolo al templo, enseñándole a trabajar de manera honesta y mostrándole que Dios debe ocupar el primer lugar de la vida de la persona.

Queridos padres y abuelos, los jóvenes necesitan verlos rezar, acercarse a los sacramentos, tratar con respeto a sus esposas, pedir perdón y vivir con honradez también cuando hacerlo exige sacrificios. Un hijo aprende mucho al ver que su padre puede arrodillarse delante de Dios sin sentirse menos hombre por ello.

La Escritura pide al pueblo que las palabras recibidas de Dios permanezcan en el corazón y que las enseñe a sus hijos, hablando de ellas «estando en casa y yendo de camino, al acostarte y al levantarte» (*Dt* 6,6-7). Dios tenía un lugar en la conversación, en las decisiones y en la vida diaria de la casa. Así aprendían los hijos que la fe recibida de sus padres era también aquello por lo que sus padres vivían. También los obispos, los sacerdotes y las personas consagradas están llamados a sostener a las familias en esta tarea, ejerciendo con generosidad su

paternidad y maternidad espiritual, acompañando a quienes vacilan y ayudando a muchos a reencontrar el camino de Dios.

Transmitir la fe significa llevar a otros a Cristo, a quien nosotros mismos hemos recibido. María nos muestra precisamente cómo hacerlo. En el Evangelio, Isabel la recibe exclamando: «Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre» (*Lc* 1,42). María no retiene aquella alabanza. Isabel la proclama bendita y ella responde cantando las grandezas del Señor (cf. *Lc* 1,46-55). En Caná, cuando recurren a ella, los remite a su Hijo: «Hagan lo que Él les diga» (*Jn* 2,5).

San Pablo, en la segunda lectura, formula explícitamente una verdad que toda la vida de María proclama: «Hay un solo Dios y también un solo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús» (1 *Tm* 2,5). Toda la grandeza de María nace de su relación con Cristo: lo acoge, vive de Él y conduce a otros hacia Él. Ese encuentro con el Maestro es la meta de toda evangelización y de toda auténtica devoción mariana. El Hijo de Dios se ha entregado por todos; nadie puede quedar fuera de la oración de la Iglesia. Por eso san Pablo nos pide que recemos «por los reyes y por todos los constituidos en autoridad» (1 *Tm* 2,2), y por todos los hombres, porque Dios «quiere que todos se salven» (1 *Tm* 2,4).

En esta fiesta de la Patrona del Uruguay, llevemos ante el Señor a todo este pueblo. Recemos por quienes tienen la responsabilidad de gobernarlo, para que busquen con rectitud el bien de todos; por las familias, por los jóvenes, por quienes sufren, por quienes se sienten lejos de Dios y por quienes necesitan volver a Él y cambiar de vida.

San Lucas nos muestra cómo comienza esa misión. Después de concebir al Hijo de Dios, María «se levantó y se puso en camino de prisa» (1,39). No espera a que

Isabel venga a buscarla: sale a su encuentro y entra en su casa llevando consigo al Señor. Allí, el niño salta de alegría e Isabel queda llena del Espíritu Santo (cf. *Lc* 1,41-44). Ese movimiento de María señala también nuestro camino. No podemos esperar siempre a que quienes se han alejado regresen por sí solos. Uruguay: ¡hay que ponerse en camino! ¡Hay que entrar de nuevo en las casas, acercarse a las personas, escuchar sus preguntas y llevarles a Cristo! Cada uno sabe hacia quién debe dar ese paso: quizá un hijo, un amigo, un vecino, alguien que dejó de creer hace mucho tiempo o que nunca ha tenido cerca a una persona que le hablara de Dios.

Que la Reina del Cielo sostenga a quienes continúan sembrando la fe y nos enseñe a reconocer a Cristo en el pobre, en el enfermo y en quien está solo, y a llevarlo allí donde todavía no es conocido.

Dentro de poco depositaré la Rosa de Oro ante esta imagen. Con este gesto deseo honrar a quien es verdaderamente «el orgullo de nuestra raza» (*Jdt* 15,9) y hacer visible el cumplimiento de aquellas palabras que ella misma pronunció: «me felicitarán todas las generaciones» (*Lc* 1,48).

A María, Capitana y Guía de este pueblo, quiero consagrar de nuevo esta nación, confiar a su amparo esta tierra y a cuantos viven en ella, y suplicar a Dios que, por su poderosa intercesión, quebrante las obras del demonio y preserve al amado Uruguay de cuanto quiera apartarlo de Cristo. Que esta Rosa de Oro, ofrecida como signo de veneración y de amor filial, recuerde también a sus hijos que están llamados a imitarla: a amar a Cristo como Ella lo amó, a llevarlo a los demás como Ella lo llevó. Así sea.